

El rostro amable del criminal

**J. M. SERRANO
RUIZ-CALDERÓN**

Profesor de Filosofía
del Derecho



“Desde hace tiempo, coincidiendo casi con la sentencia del Tribunal Constitucional sobre la Mesa de Herri Batasuna, a algunos les ha dado por echarle originalidad a la reivindicación. Aplican el ingenio a la solidaridad con los presos vascos cuando se cuelan en el Gran Hermano, tiran huevos en Portugal, hacen de Giralduillas en Sevilla o se pasean en bicicleta por las metas”.

En Monteé de Courchevel, unos “graciosos”, en el sentido sevillano del término, subidos en sus bicicletas, entraron en la meta de la etapa del Tour luciendo en sus *maillots* la leyenda: “Repatriación de los presos vascos”. Hay quien criticó el gesto en cuanto dificultó la entrada de algún corredor en la meta, haciéndole perder segundos. Minucias de este tipo aparte, hay que reconocer que la cosa tenía su ingenio, casi tanto como el gesto de las Giralduillas de Sevilla en su momento, resuelto sin consecuencias jurídicas, en una muestra de cómo el ingenio y la gracia se valoran entre nosotros.

Y es que, desde hace algún tiempo, coincidiendo casi, aunque no tenga que ver, con la sentencia del Tribunal Constitucional sobre la Mesa de Herri Batasuna, a algunos les ha dado por echarle originalidad a la reivindicación. Son el rostro amable del *MNLV*. Aplican el ingenio reivindicador a una causa solidaria; “solidarios con los presos vascos” parece ser su denominación cuando se cuelan en el Gran Hermano, tiran huevos en Portugal, hacen de Giralduillas en Sevilla o se pasean en bicicleta por las metas. Supongo que como toda buena ONG contemporánea gozarán de alguna generosa subvención pública que paga sus viajes y disfraces, y también disfrutan del aplauso y solidaridad de quienes concuerdan con sus objetivos, incluso tienen el apoyo parlamentario de partidos que, en su momento, fueron decentes.

Sé de un concejal vasco del PP que hizo no hace mucho una persistente gestión para traer a un preso vizcaíno desde Marruecos a España. Sin embargo, no está considerado un solidario con los presos vascos. La razón es que los penados con los que hay que solidarizarse para entrar en el selecto club tienen que haber matado a alguien y, además, tienen que estar muy contentos con haberlo hecho pues, en caso contrario, serían, a los

ojos de los ingeniosos y simpáticos, menos presos y menos vascos. Esto de que matar sea condición *sine qua non* para ser objeto de solidaridad resulta —tendrán que reconocerlo nuestros juerguistas— como mínimo poco estético, y arroja una seria duda sobre la causa por la que manifiestan sus habilidades para sorprender al público.

La imagen festiva de Monteé de Courchevel contrasta con otras imágenes del mismo día. Se produjeron en Málaga y en ellas, no hace falta decirlo, estaba ausente el ingenio y la gracia. Y es que el sufrimiento extremo, producido por la experiencia de ver morir al padre o al esposo, a menos de un metro, reforzado por la incompreensión del motivo y la sorpresa del acontecimiento, deforma el rostro, produce el balbuceo, anonada a la persona y resulta poco estético. Da mal en los medios, que diría un experto. Sin embargo, tiene la cualidad de conmover a quien no está totalmente embrutecido y, desde luego, le quita las ganas de chistes y de risas.

Cuando Iván Karamazov quiso convencer a su hermano Aliosha de la maldad humana y del sinsentido del mundo y del sufrimiento, en balde afortunadamente, describió la barbarie turca en Bulgaria, en la que el principal ingrediente consistía en matar a los hijos delante de sus madres, a los esposos delante de su familia. Yo no sé qué hubiera pensado Dostoievski, si a la vez, en una forma que todos hubieran podido verlo, incluso las víctimas, unos sujetos mediante juegos acrobáticos hubieran realizado una hagiografía de los asesinos. Supongo que hubiera pensado que era una especial forma de sadismo que reforzaba la argumentación de

Iván Karamazov. Una muestra de falta de solidaridad con el dolor tan feroz, que arroja severas dudas sobre la condición de la naturaleza humana.

Yo ignoro, también, si los que tuvieron que explicar a los hijos del matrimonio Jiménez Becerril lo que había pasado la infausta noche de su asesinato estaban en el

“Algunos no comprenden por qué quienes nos sentimos solidarios con las víctimas no estamos para gracias”

acto de Sevilla, donde los “graciosos” insultaron a toda una ciudad dolorida, realizando la exaltación de los autores del horrible crimen, pero puedo imaginar su reacción y la comparto, solidario, en este caso, con las víctimas.

El rostro amable del asesino es uno de los rostros, diverso del que tiene el linchador en fiestas patronales, o del que llama a casa de las víctimas para festejar su repulsiva victoria, pero refleja igualmente su sadismo; expresa su voluntaria ignorancia de lo que supone el sufrimiento ajeno, cuando, en aras del objetivo común, se justifica el crimen más cruel, como es matar a los padres delante de sus hijos, o a familias enteras si el medio técnico, la bomba, lo exige.

Ellos no pueden comprender por qué quienes nos sentimos solidarios con las víctimas no estamos para gracias, ni se nos ocurre pasearnos por las pruebas ciclistas con las fotos de los huérfanos o las víctimas grabadas en las camisetas. Lo más que nos viene a la mente y a la palabra es exigir que, respetando siempre la proporcionalidad de las penas, ciertas gracias tengan consecuencias jurídicas. Si no por ética, al menos por un mínimo de estética.